

3.000 DELEGADOS EN SAN FRANCISCO. (Zig-Zag). por Raúl Aldunate Phillips.

Sobre el tema de la Conferencia de San Francisco se ha escrito y hablado en exceso. Tanto los discursos como los folletos se caracterizan por su extraordinaria pesadez y por cierta impresión de oficialismo, que hace huir a los lectores o auditores legítimos. Algunos políticos también han abusado del tema con esa tenacidad que es necesaria condición de los discos electorales. Pero el público busca lo espontáneo, aquello que rompe las normas hasta de la buena educación y muestra a los seres humanos más imperfectos que perfectos, tales como son. No es fácil imponer lo que delata pulimento y huellas de artificiosa peluquería.

Con este ánimo sostenido respecto de la Conferencia de San Francisco, recibimos el volumen del señor Raúl Aldunate Phillips que se titula «3.000 Delegados en San Francisco».

Es probable que el señor Aldunate haya perdido bastante tiempo en otras actividades sin dedicarse a lo que está mejor dotado por la tan avara naturaleza.

Pensamos en esos tenores que lucen su buena voz nada más que mientras se bañan. El señor Aldunate sabía esbozar en pocas líneas y sus personajes brotan con ese algo indefinible que es la vida, la sangre, la acción. Su libro es un noticiario cinematográfico sin los defectos de esta clase de métodos de divulgación. No se descubre el escenario donde los actores posan un instante frente al reflector. Molotof, el delegado soviético y Stettinius, el norteamericano, igual en su físico a Chaplín sin caracterizar, adquieren en el libro rasgos tan propios que se disputan la simpatía apasionada del lector. La visión del conjunto también es justa y se revela muy nítido en el cronista un ánimo irónico que nunca llega al sarcasmo hiriente; actúa, más bien, con ágil y juvenil bondad.

Es el libro ameno de un secretario que pudo darle «más luz

al gas», como decimos los chilenos. Su visita a Molotof está descrita en forma perfecta. El automóvil del Canciller chileno es revisado tres cuadas antes de llegar al Consulado de los Soviets, que exhibe tapices rojos y un gran retrato de Stalin, dibujado al pastel. A pesar de la almíbar diplomática, está junto al prohombre soviético, un ruso corpulento y a los pies de éste, suavemente envuelto, un fusil ametrallador. Resulta muy gracioso el apéndice de Molotof, su intérprete pequeño y rubio, Paulof, que vierte los martillazos de su amo a un lento y puro inglés de Oxford, como si leyera en un pizarrón.

Sin querer insistir en el caso, el señor Aldunate Phillips nos dice que Molotof invitó a comer, exclusivamente, al Presidente de la Delegación Chilena y al Senador don Miguel Cruçaga. (Gospodine Curuchaga en versión rusa).

El lector se informa de los aspectos positivos y engorrosos o simplemente teatrales de la Asamblea y se convence, una vez más, de que los países chicos no cambian de estatura al ser representados por hombres iguales a los de aquellos más grandes o superiores en inteligencia y vivacidad. Hay que resignarse pensando que la universalidad de la bomba atómica, será el factor más seguro para democratizar el mundo si éste no se destruye antes. Porque grandes y chicos podrán llevar su bombita en el bolsillo.

Bastante más se podría escribir sobre este libro, que, como ningún otro leído, muestra con amenidad la Conferencia de San Francisco, pero es mejor leerlo que narrarlo. Aparte de los elogios que se prodigan a nuestro Canciller, de la paradoja que significa hoy día, el ingreso a la Conferencia de Argentina, fuertemente apoyada por los Estados Unidos, se ve con orgullo que todavía es un arma poderosa y admirada, la oratoria hispanoamericana, al observar imponerse con brillo, muy bien descrito en la obra, a un Senador Maza de Chile y a un Canciller Padilla de Méjico. Esas actitudes desvanecen, un tanto, el desprestigio de nuestra frondosa e intrascendente verborrea continental.—L. M. R.